



Opinión

RECTORES

Para el destino de la universidad la elección importante es la de la DGA, que determina el dinero que dará

GUILLERMO Pérez Sarrión, Profesor de Universidad 13/03/2012

Las elecciones a rector de la Universidad de Zaragoza, proceso que estos días vive los momentos álgidos de la campaña electoral que acaba en las votaciones del día 17, proporciona la ocasión de preguntarse si realmente elegir un buen rector es tan importante. La respuesta es, desgraciadamente, no: ahora se presentan dos candidatos, sin duda ambos honestos y bien preparados, y uno saldrá elegido ese día, pero lo harán en medio de una campaña bastante incomprensible para los no iniciados, en la que aparentemente se discute sobre principios generales que pasan por alto los problemas concretos.

Esto es así por tres factores. El primero es que una institución cuyo presupuesto proviene, en más de las cuatro quintas partes, de aportaciones del gobierno autónomico vía impuestos, no tiene ninguna autonomía. Para el destino de la Universidad la elección realmente importante es la de la DGA, que determina el partido que gobierna y el dinero que la comunidad autónoma va a dar. Los rectores administran partidas con márgenes muy estrechos y los ingresos propios son muy pequeños.

El segundo factor es el proceso de elección en sí mismo: el rector se elige de entre los catedráticos de la institución por un tiempo limitado, y luego ha de volver al puesto docente e investigador que dejó: cuando es elegido ha adquirido compromisos internos, se debe a ellos y como consecuencia hay reformas necesarias que sabe que debe hacer pero que realmente no puede. El tercero, ligado al anterior, es el sistema de gobierno de nuestras universidades que se apoya en un juego de contrapesos (comisiones, consejos de gobierno y económico social, juntas de facultad, comisiones sin fin, departamentos) tan complicado que cualquier impulso de cambio real tiende a ser anulado por fuerzas inerciales. El rector sabe que lo es de una especie de confederación de centros e institutos que actúan cada uno al margen de los otros. Hay centros que imparten un solo grado y un solo máster y centros disparatados que imparten diez grados y pronto 18 másters. Y el rector no puede cambiar esto (o porque legalmente no puede o porque sabe que los profesores se le echarían encima). En las universidades anglosajonas el rector es contratado por concurso: viene, toma decisiones, hace reformas y se va, y ya está (simplificando mucho). Aquí, no. Es un sistema de gobierno que resulta muy complicado de entender desde fuera y que hace que la campaña electoral nunca se ventile en el campo público de programas y debates, que tienen muy poco interés, sino fuera de él.

La Universidad de Zaragoza, como muchas otras, tiene problemas graves de funcionamiento de los ningún candidato habla y ningún rector elegido solucionará; incluso puede que ni lo intente, o porque no querrá (supone complicarse la vida) o porque sabe que si lo aborda no podrá.

Pero los problemas están ahí. El nuevo rector debería abordar de una vez el problema de la endogamia académica y la parcelación infinita de la docencia y la investigación en áreas de conocimiento, lo que ha creado un sistema clientelar que está arruinando la investigación interdisciplinar y la docencia impidiendo ofrecer títulos mixtos. Debería plantearse de una vez que hay que ir suprimiendo la docencia de asignaturas por varios profesores, que parcela la docencia hasta límites insufribles por los estudiantes. Que hay que plantearse de una vez implantar objetivos que son los que hacen a una universidad realmente buena: un buen sistema tutorial, una programa de examinadores externos, la progresiva extensión de enseñanza en inglés para atraer estudiantes internacionales, un buen sistema de becas, poner coto a una selectividad que no selecciona, sólo ordena y mal.

HAY QUE ACABAR con el descabellado calendario académico lleno de fiestas locales, de centros, de puentes que interrumpen la docencia y provocan a los estudiantes forasteros gastos de alojamiento inútiles. Hay que abordar la reforma del sitio web para homologarlo internacionalmente,

hay que lograr disminuir la burocracia infinita que se está montando con los nuevos planes de estudios, en las que la obsesión por escribirlo todo está llevando a que cualquier cambio ulterior sea prácticamente imposible. Hay que abordar el fracaso escolar clamoroso que lleva a que en numerosas asignaturas de humanidades la mitad aproximadamente de los matriculados no aparecen por las clases. Hay que crear de una vez un código ético que determine buenas prácticas de investigación y afronte el problema del plagio en la docencia. En fin, la lista podría ser más larga.

De todo esto debería hablarse en la campaña electoral, y no se hace. En el actual contexto económico y político, en que el nuevo gobierno, junto con reformas acertadas y medidas ha tomado otras auténticamente salvajes como semicargarse el sistema de investigación básica (que es el germen del futuro tecnológico del país) o recortar en educación, una inversión imprescindible, el futuro de la Universidad de Zaragoza, esa institución aparentemente avejentada, anquilosada, para tantos incomprensible, es en realidad el de todos nosotros como comunidad política. Un rector será elegido. Pero los problemas enunciados ¿hasta cuándo seguirán?